

Notas bibliográficas

Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna,
de Roger Chartier, Alianza, Madrid, 1993.

Roger Chartier integra la "escuela de los Annales". La misma, como se sabe, no tiene una existencia "real", vale decir un edificio o un organigrama que se presente bajo ese nombre, pero sí existe como una densa red de programas de investigación y difusión que gira alrededor de la revista, tal vez, más prestigiosa de la profesión. Vale la pena este rodeo introductorio porque me interesa dejar claro que, aunque a veces desde latitudes foráneas -como la nuestra- se ha llegado a pensar que "escuela francesa" y "escuela de los Annales" pueden ser sinónimos, en perspectiva más acotada queda claro que los Annales no constituyen el único modo de hacer historia en Francia, aunque sí son el grupo hegemónico.

Volviendo al principio, entonces, Roger Chartier puede ser nítidamente identificado como un miembro del grupo de los Annales por haber realizado su formación y principales obras en el seno de esta tradición y porque, además, de alguna manera representa la continuidad investigativa del que tal vez fuera el último gran proyecto de Lucien Febvre, la historia del libro.

Por cierto, entre las muchas cosas que ocuparon los últimos años de su vida, Lucien Febvre encontró tiempo para acometer junto a un colaborador más joven, Henri-Jean Martín, la apertura de un nuevo campo temático. *L'Apparition du livre* fue publicada en 1958, casi dos años después de la muerte de Lucien Febvre, y de allí en más el campo de la historia del libro quedó inicialmente configurado. Justamente, en el volumen que comentamos, R. Chartier destina el primer artículo a informar las sucesivas recomposiciones del campo analítico, bajo el título "De la historia del libro a la historia de la lectura". Al mencionado H-J. Martín, paulatinamente comenzarían a acompañarlo en los años sesenta Roger Chartier y Daniel Roche. F. Furet haría su aportación al tema por la misma época. Finalmente, el campo permitiría la convergencia, en los setenta, de extranjeros, como el norteamericano R. Darnton.

Cuando, en 1974, J. Le Goff y P. Nora presentaron los "nuevos objetos" dentro de la serie *Hacer la Historia*, Roche y Chartier inventariaban la historia del libro. Hasta donde sabemos, este artículo era su casi única traducción al castellano, hasta que Gedisa, en 1992, reuniera nueve de sus producciones en *El mundo como representación*. Si bien, este volumen operó su presentación entre nosotros, sostendremos, si se nos permite, que *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* nos permite un contacto más adecuado con lo más representativo de la producción de Chartier.

Ambos volúmenes comparten una estructura semejante: son colecciones de artículos publicados en distintas lenguas, principalmente en francés; un prólogo del autor y un artículo inédito completan el conjunto. Ahora bien, *El mundo como representación* se ofrece como un volumen preocupado por la problemática de la constitución de lo "real", de las representaciones y del imaginario. Si bien es cierto que el segundo apartado agrupa materiales bajo el título "historia del libro e historia de la lectura", la consideración conjunta de este valioso agrupamiento de producciones de R. Chartier, deja ver un autor cuya

principal preocupación es afinar la conceptualización por los distintos fenómenos que integrarían una historia cultural.

No pretendemos que esa presentación de Chartier no haya sido "verídica"; mucho menos que haya sido errónea, antes al contrario. No obstante *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, que se haya dedicada por completo a las cuestiones del libro y la lectura, permite una mejor aproximación a lo que constituye el aporte sustantivo a nuestro conocimiento del pasado por parte de R. Chartier.

Para una mejor comprensión de lo que decimos tal vez valga mencionar que el campo de la historia de la lectura ha sido básico a la hora de reconstruir la historia intelectual europea entre los siglos XVI y XVIII, y especialmente fértil en cuanto al período ilustrado y la difusión de las "luces".

En consecuencia, sus hallazgos han provisto información crucial sobre las modalidades de la constitución de la racionalidad y el mundo moderno. Como se ve, el campo de la historia del libro, genéricamente considerada, produjo una clase de novedades difícilmente desestimables, por su importancia, aun por aquellos afectos a criticar los "desmigajamientos" temáticos de la "nouvelle histoire".

Esta extensa introducción pretende llamar la atención entre nosotros sobre el vacío existente al respecto, a la fecha. Tal vez a esa misma falta de curiosidad pueda atribuirse cierta morosidad en la aparición de las traducciones de sus obras, cuestión que, como se ve, principiamos a remediar.

Las tres secciones del volumen están dedicadas, la primera a una serie de ensayos de conceptualización, sobre la que volveremos en seguida; la segunda presenta, en orden cronológico, las estrategias editoriales y las modalidades de lectura de distintos grupos en los siglos XVI y XVII, a los impresos urbanos entre el XVII y el XVIII y a los lectores campesinos del XVIII. La tercera sección, se ocupa de géneros textuales. En primer lugar, los llamados *ocasionales*, género que se ordena sobre acontecimientos extraordinarios. Le siguen los "manuales de civildad". En último término, los modelos de la correspondencia epistolar.

Estas dos secciones, en conjunto, permiten acceder a un mundo de la lectura en Francia, ricamente documentado, plena evidencia de los desarrollos alcanzados en un recorrido de tres décadas y que obra como una puesta al día del lector no especializado. Volviendo ahora a la primera sección, bajo el título "Del texto al libro. Autores, editores y lectores", estamos obligados a acreditar una riqueza de distinto tipo; aquella que, bajo la forma de reflexiones conceptuales sobre la historia del libro y la lectura, se desprende de un amplio dominio sobre la temática que intenta sintetizar. Entre los capítulos de esta sección, el tercero, denominado *¿Qué es un autor?* ha sido especialmente escrito para esta edición, y según mi juicio, puede ser considerado como una auténtica joya.

Como resulta obvio desde el título, este capítulo abre un diálogo con el famoso ensayo del mismo nombre que M. Foucault escribiera en 1969. Junto al mismo desfila toda una galería de autores de la crítica textual contemporánea francesa (R. Barthes y "la muerte del autor") e internacional (la *bibliography* anglosajona y la *Rezeptionstheorie* germánica). Este diálogo se mantiene a propósito de la construcción histórica de la figura del autor entre los siglos XVI y XVIII. Según nos parece se trata de una estupenda muestra de cómo es posible establecer entrecruzamientos mutuamente productivos entre "saberes" que afirman, años atrás, su pertinencia en un antihistoricismo militante y una historia capaz de recoger los desafíos y de apropiarse de los hallazgos valiosos.

A través, entonces, de Roger Chartier y de *Libros, lecturas y lectores en la Edad*

Moderna tenemos la oportunidad de conocer uno de los campos más interesantes que han ocupado a los historiadores de los Annales, y con ello constatar también algunos cambios y permanencias del grupo. El cambio, una mayor disposición a aceptar interlocutores provenientes de otras latitudes; es notable, por su cantidad, la mención de autores norteamericanos y europeos de otros países. La continuidad, la persistencia en el intento de encontrar en el propio suelo francés, claves para la comprensión de fenómenos universales.

Eduardo Hourcade

***Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea,*
de Fernando J. Devoto, Biblos, Buenos Aires, 1993.**

El volumen del título reúne un conjunto de trabajos preparados para eventos académicos acerca de la historiografía francesa. Señala el autor que a pesar de la heterogeneidad de los mismos, ellos giran alrededor de las continuidades y rupturas observables en tres cuartos de siglo de la historiografía francesa. Al mismo tiempo, los mismos permiten también hacerse una idea de los vínculos sucesivamente establecidos entre la institución historiográfica gala y nuestra propia corporación de historiadores.

Los dos primeros artículos comparten la puesta en foco del momento de constitución de un estilo profesional en la historiografía francesa. "Taine y *Les Origines de la France Contemporaine* en dos historiografías finiseculares" vuelve sobre un autor y una obra que fueron objetos de lecturas bien divergentes. F. Devoto intenta rastrear en las críticas y adhesiones, muchas veces equívocas o inesperadas que recibieran ambos, los indicios de la difícil posición en que se había ubicado Taine, en relación al mundo académico, por medio de un muestrario del efecto paradójico de la lectura de Taine por intelectuales de variado linaje. Las adhesiones -en Argentina-, y las críticas -en Francia- a Taine, resultan del modo en que cada uno de los prestigiosos lectores evocados puso en juego en la interpretación de la obra sus propios intereses académico-políticos.

Comienza Devoto así a desplegar, una noción que resulta clave en su propia concepción, la que podríamos denominar "dimensión institucional" y que adquiere un espesor analítico particular a lo largo del libro. Devoto, quien conoce bien los diversos ejes sobre los que gira la historiografía contemporánea, prefiere extraer toda la savia explicativa posible a las estrategias institucionales sin olvidar los motivos personales de quienes las protagonizan.

El segundo ensayo, "Repensando una antigua polémica entre historiadores y sociólogos. El debate Simiand-Seignobos y algunos dilemas de la historiografía contemporánea", nos presenta el panorama historiográfico en Francia a finales del siglo XIX, y las

querellas metodológicas que son hoy bien conocidas. El ensayo, a una interpretación aguda de los argumentos contrapuestos, agrega el análisis de lo que podríamos llamar condiciones de recepción de los temas en debate, y su uso (y re-uso) estratégico en distintas coyunturas de confrontación entre la historia y otras disciplinas. Viene de este modo a recordar que la polémica metodológica en nuestros días, para enunciarla al modo de C. Ginzburg entre "paradigmas indiciarios" y paradigmas explicativos, tiene ya "larga duración" y que una buena forma de acercarnos al *methodenstreit* contemporáneo podría resultar de revisar la querella pasada.

Otros dos artículos del volumen abren a una reflexión sobre temas centrales a la obra de Fernand Braudel, sobre la que Devoto se ha ocupado también en otro lugar. [Me refiero al Prólogo "Braudel y la renovación histórica" incluido en: BRAUDEL, F. *Carlos V y Felipe II*, CEAL, 1991] Los títulos de esos artículos son "Espacio e historia: un recorrido a través de la historiografía francesa contemporánea" y "Acerca de Fernan Braudel y la *longue durée*, treinta y cinco años después". En el primero de ellos se indaga acerca de las "verdaderas" modalidades de las relaciones entre historiadores y geógrafos a lo largo de casi un siglo. El tema es conocido: la influencia de la geografía vidaliana en los *Annales*. Devoto, sin desmentir completamente lo que podría llamarse el "saber convencional" nos hace sin embargo reflexionar al repasar las formas concretas en que la dimensión espacial fue integrada al análisis histórico, reservando un lugar central para el clásico mediterráneo. En cuanto a la noción de larga duración, Devoto, fiel a su estilo, sin negarlo pero tampoco sin afirmarlo, va a revisar otro motivo convencional, el que afirma que su emergencia es efecto del desafío estructuralista. Nuestro autor preferirá remontarse, por lo menos diez años atrás, para ver tomar forma a "las cárceles de larga duración" como parte de un clima donde Thomas Mann o James Joyce experimentaban unos relatos alternativos que presuponían la desestructuración temporal del sentido común. Junto a esta influencia se hará presente la propia experiencia de Braudel (y de otros historiadores) que conocían el mundo campesino y pudieron valorar así esa particular noción del paso del tiempo como circularidad.

Deliberadamente pongo aparte "Algunas imágenes de la Revolución Francesa en la historiografía argentina contemporánea". El mismo se aparta de los trabajos anteriores en razón que su principal objeto no está tanto en la historiografía francesa, sino en la apropiación en nuestro propio medio, principalmente académico, del tipo de cuestiones que se han tratado en los otros apartados del problema. Aquí se deja constancia de una comunicación que se mantuvo más o menos viva hasta la Segunda Guerra Mundial, pero que luego se interrumpe y recién en nuestros días comienza a ser reanudada. Su lectura deja una sensación agrídulce; si por un lado resulta palmaria demostración de la chatura de las producciones argentinas sobre un capítulo historiográfico con abundantes fuentes a la mano, por otro abre a la convicción esperanzada que la coyuntura presente resulta favorable para reanudar el contacto entre ambas historiografías.

En verdad, todo este libro resulta un bello ejemplo de las posibilidades de abocarnos fructuosamente sobre problemas de "fronteras afuera". Y ello porque el autor cumple sobradamente algunos de los requisitos para poder hacerlo. En primer lugar, su conocimiento de primera mano de la literatura crítica contemporánea. Son constantes las remisiones a productos del mundo intelectual francés y del italiano. Junto a éste, una reflexión sistemática sobre las grandes obras que constituyen el eje de la gran tradición historiográfica francesa. *La Sociedad Feudal*, el *Rabelais*, el *Mediterráneo*, son por

supuesto bien conocidas; pero la novedad viene de la lectura que Devoto nos propone de los mismos, sometiéndolas a preguntas y cruzamientos que nos resultan inhabituales.

Pero, dado el tema, para todo historiador este también resulta un libro de "fronteras adentro". Atento a las modalidades en que los conceptos y las instituciones cobran formas, pero igualmente atento a las peripecias filológicas que los hacen posibles, a las virtudes artesanales de construcción de la disciplina y también a la manera, tantas veces no dicha, en que las buenas lecciones son aprendidas por discípulos de sus maestros. Tal vez en ello repose la fuerza de una tradición. Si ello es así, no debemos desalentarnos. Hoy también sabemos que siempre es posible inventar la tradición.

E. H.

***El mundo y las naciones*, de Alejandro Dabat, con la colaboración de Pablo Bustos y Alejandro Toledo, UNAM-CRIM, México, 1993.**

El mundo y las naciones es el título de un estudio sobre la historia del mundo capitalista o, mejor aún, del capitalismo mundial, los capitalismos nacionales y sus interrelaciones. Como su autor señala, se trata de un conjunto de investigaciones ordenadas con un sentido unitario, abarcativo de la teoría y la historia de las transformaciones del capitalismo mundial y de su metodología para el abordaje. Los objetivos de las mismas, cuales son, el estudio del cambio mundial y la crisis ideológica actual, por un lado, y la elaboración de un marco teórico-metodológico para el estudio de las transformaciones del capitalismo mundial, se corresponden, respectivamente, con la primera y la segunda parte en que han sido divididos los temas del libro. Los cuatro capítulos correspondientes al análisis del cambio mundial y la crisis del pensamiento social se refieren a: 1) Las tendencias fundamentales del actual cambio social, como asientos de las bases histórico-objetivas; 2) la respuesta del pensamiento social ante el cambio mundial; 3) las consecuencias ideológicas globales del cambio mundial: nacional-estatismo, neoliberalismo y pensamiento latinoamericano, y 4) las manifestaciones del cambio mundial en el pensamiento latinoamericano en general y en la teoría de la dependencia, en particular. Por su parte, las proposiciones teóricas y metodológicas para el estudio del capitalismo mundial y de los capitalismos nacionales desde una perspectiva histórico-estructural, son contenidas en tres capítulos referidos a: 1) la estructura espacial del capitalismo; 2) la dinámica nacional e internacional del capitalismo y 3) las etapas del capitalismo y su dimensión espacial.

La envergadura de la tarea emprendida es puesta de manifiesto no sólo por el contenido temático indicado sino también por la abundante bibliografía consultada y citada lo cual, sin embargo, atenta contra la fluidez necesaria en la lectura de un texto, de suyo complejo. Con un estilo directo plantea definiciones y abre juicios que, por su crudeza,

pueden resultar provocativos o parecer hechos desde "la vereda de enfrente". De igual manera, propone integraciones conceptuales que pueden, por lo iconoclasta, erizarle la piel a más de uno. Compartimos esa postura irrespetuosa frente a la ciencia, buscando ser creativo sin transigir. No obstante, percibo a este discurso, por un lado, inconcluso y, por otro, con una ausencia.

Luego de extenderse sobre qué es el cambio mundial, de poner crudamente de manifiesto la crisis del pensamiento crítico y sus características más importantes, de reverdecer el problema de las ideologías en el conocimiento científico, de analizar la crisis de las grandes ideologías del siglo XX y su base material -donde merecen destacarse sus observaciones sobre el fracaso de la experiencia socialista (degeneración estatista autoritaria del marxismo) y de puntualizar las razones para el auge del pensamiento liberal y las causas de su éxito- y, por último, de detallar la crisis del pensamiento latinoamericano y de realizar una crítica punzante a la teoría de la dependencia en sus diversas versiones, concluye que, para comprender el cambio mundial desde una perspectiva crítica, es necesario adoptar un nuevo paradigma que abandone el basado en el nacional-estatismo y en la teoría de la dependencia y se diferencie de las propuestas neoliberales y relativistas (postmodernistas). La perspectiva que el autor propone conjuga las propuestas analíticas del materialismo histórico y las de la economía política del capitalismo, con las aportaciones recientes que han efectuado diversas disciplinas, corrientes y autores contemporáneos de diferentes inspiraciones teóricas (la teoría del desarrollo, la sociología del trabajo, el estructuralismo, el regulacionismo, etc.).

Con este instrumental se abordarán las propuestas teórico-metodológicas orientadas hacia el replanteo de las ideas predominantes en América Latina alrededor de la naturaleza del capitalismo como sistema mundial y multinacional y de los elementos determinantes de su dinámica y cambio. A su juicio, el capitalismo es el modo de producción que ha comenzado a unificar el mundo, postulado que está presente en todo el intento de integración del capitalismo mundial y los capitalismo nacionales dentro de una concepción unitaria que exprese la unidad y las contradicciones espaciales del sistema. El análisis del capitalismo mundial y de los capitalismo nacionales, el papel del mercado mundial, de los mercados internos y su integración, la explicitación del carácter contradictorio del modo de producción capitalista, así como el estudio de los elementos dinámicos del capitalismo, están sustentados en citas de Marx y de los clásicos del marxismo que denotan un conocimiento meticuloso de los mismos.

Una cita de Michel Porter muestra la integración de aportes de diversos orígenes en el intento de construir una teoría global explicativa. El autor concluye que "la competitividad de las naciones en el mercado mundial es, en el capitalismo, tanto un factor interno de crecimiento económico o dinamismo sociocultural, como una condición necesaria del ascenso en la jerarquía del sistema nacional de estados. Por el contrario, los que no lo logren tenderán por lo general..... a quedar marginados de la vida internacional y a padecer consecuencias internas muy graves, como incapacidad para importar insumos esenciales, estancamiento tecnológico, reducción de tasas de ganancias, hundimiento del empleo y el salario y decadencia social y cultural". Una conclusión como esta, puede ser para muchos una herejía, aunque esté avalada por el propio Marx, quien dijera, más de un siglo atrás, que "el capitalista industrial debe tener constantemente ante sí al mercado mundial, compara y debe comparar constantemente sus propios precios de costo con los precios del mercado, no sólo de su patria sino del mundo entero". [*El Capital*, t. III, pág. 430]

El tratamiento de las etapas y ciclos del capitalismo a partir de las ideas erradas sobre su declinación queda, en nuestra opinión, inconcluso, por lo menos como sensación, al llegar a la página 201. Este implícito continuará hasta el final; tiene que ver con un tratamiento ausente: el del socialismo. Recuerdo aquí a Eric Hobsbawm quien sostiene que "el futuro del socialismo descansa en el hecho de que su necesidad sigue siendo tan grande como siempre, aun cuando su argumentación ya no sea la misma en varios aspectos. Descansa en el hecho de que el capitalismo todavía genera contradicciones y problemas que no puede resolver, y genera lo mismo desigualdad (la que puede ser mitigada mediante reformas moderadas) que inhumanidad (la que no puede serlo)..." ["¿Tiene temas el socialismo?", en *Página 12*, 01/08/93]. Pero, ausencia no es olvido, y no podía ser de otra manera en un análisis orientado por el materialismo histórico. Volviendo al comienzo del libro, nos encontramos, en la página 27, con que "no es en absoluto necesario y ni siquiera probable que lo que predomine en los próximos años sea un capitalismo salvaje de inspiración neoliberal. Pudiera ser también una época de reorganización y desarrollo de un nuevo tipo de movimiento obrero y popular, de múltiples sujetos, de mayor comprensión y lucha solidaria de los pueblos, de ampliación de los espacios de autoorganización y gestión popular, y de desarrollo democrático y de un nuevo socialismo". Esto es, la conclusión final se encuentra al principio.

Resta decir para terminar, que no sólo no hay dudas de que este libro estimulará otras investigaciones y ayudará a formular nuevas hipótesis de trabajo sobre el presente, el pasado y las perspectivas del capitalismo en el mundo y en América Latina, sino que además concitará el agradecimiento de todos aquellos que estamos preocupados por construir teorías económicas alternativas a las hegemónicas.

Angel J. Sciara

***Le sacre du citoyen. Histoire du suffrage universel en France,*
de Pierre Rosanvallon, Gallimard, Paris, 1992.**

Le sacre du citoyen... nos invita a recorrer la historia del sufragio universal en Francia desde 1789 a nuestros días, haciendo especial hincapié en el siglo XIX, que es entendido como un elemento clave en el proceso de invención de las sociedades modernas.

Su autor, Pierre Rosanvallon, representante de la "nouvelle histoire" -término con el que suele reconocerse la cuarta generación de Annales-, retoma y amplía en esta obra algunos de los problemas que había planteado ya en su libro *Le moment Guizot*.

Pero reconocer la filiación historiográfica del autor no es suficiente para comprender el alcance de este trabajo; escrito dentro del marco de conformación de la Unidad Europea, responde a las inquietudes de Rosanvallon en tanto ciudadano que desde un plano

intelectual indaga la historia de una de las instituciones nacionales "sagradas" frente al desafío planteado por la internacionalización.

A partir de una breve discusión con la teoría de Marshall, que tiende a generalizar escalas evolutivas del proceso dado en Estados Unidos para otros países europeos, el autor demuestra cómo en el mundo ideológico francés, heredero de la concepción iluminista que ve en la instauración de los más capaces las condiciones de progreso y libertad, se opera la gran ruptura de la Revolución Francesa de 1789, que impone la democracia basada en una noción universalista de la igualdad política. La razón y el número, esencialmente contradictorios, desencadenan una particular historia del sufragio universal en Francia, plagada de tanteos y ambigüedad, que se ponen en evidencia en los avances y retrocesos analizados a lo largo de la obra. Es esta característica la que le permite diferenciar la historia del sufragio francés de otros países que le sirven como punto de comparación para esclarecer aun más las peculiaridades del contorno nacional en que se desenvuelve.

Las afirmaciones del párrafo anterior nos sugieren la influencia del "revisionista" F. Furet, quien en su *Pensar la Revolución Francesa* se opone a las interpretaciones "jacobinas" de la misma a la vez que plantea una renovación de los estudios sobre esa coyuntura y del pensamiento político francés del siglo XIX, indagando en torno a la invención del espacio democrático en la política.

El abordaje del intrincado proceso que analiza P. Rosanvallon es realizado desde lo interno, desechando evidencias del presente que puedan traer aparejados anacronismos; esto le permite comprender las condiciones de elaboración y transformación de las categorías filosóficas y los acontecimientos sociales entrelazados en una compleja tentativa de "inventar el futuro", que serán tratados en el marco de una historia política en la que se asocian y disocian "lo viejo y lo nuevo". La diversidad de las fuentes consultadas confirman la solidez de este trabajo y sugieren la existencia de un equipo de investigación sustentatorio.

El libro se encuentra dividido en tres partes organizadas desde una perspectiva cronológica y argumentativa.

En la primera queda comprendido el tiempo de las discusiones programáticas en torno de las cuestiones centrales del diseño de la democracia francesa como también las realizaciones inmediatas a la Revolución de 1789. Desde la óptica de la historia de las ideas, describe la necesidad de inclusión planteada por el principio de universalización igualitaria que surge con la Revolución, las consideraciones políticas en torno de los excluidos sociales (domésticos, niños, mujeres) y las discusiones sobre la elección en base al número o la selección en base a la razón, es decir, a las capacidades individuales, cuestión central en los planteos franceses decimonónicos.

La segunda parte se refiere al ciclo correspondiente a la exploración de experiencias posibles que den respuestas a la ecuación revolucionaria. El autor realiza un recorrido por lo que considera ciudadanía sin democracia, es decir el voto en dos grados y la ampliación del sufragio realizada durante el bonapartismo que se complementa con la elección de altos cargos "desde arriba". Quedan muy bien explicadas las respuestas que desde el ámbito político intentan ofrecer a la cuestión social posterior a 1830, dentro de los cuales es inscripto el enfrentamiento entre liberales y legitimistas "ultras" en torno al sufragio capacitario y a la universalización del sufragio, factor en torno al cual se ocasiona un nuevo posicionamiento de los grupos políticos. La manera en que esas diferencias se diluyen ante

la aplicación de la ley de sufragio universal de 1848 expresan la aspiración a la unidad y al consenso propios de la democracia francesa que se verá plasmada durante la "república utópica".

La tercera y última parte aborda las realizaciones concretas que se suceden a partir de 1850 y fundamentalmente posteriores a 1870, cuando el sufragio universal es aceptado por los distintos grupos de representación política de diferente manera. Dentro de ese marco describe la ambigüedad socialista, la aceptación en base a lo inevitable de los legitimistas y, fundamentalmente, las medidas de control de los republicanos liberales, que diseñarán un programa al que denomina "demopedique" para controlar la imprevisibilidad de esa fuerza difícil de dominar que es el sufragio: instrucción obligatoria (ley del año 1882) para construir electores racionales, formación de una élite de clase media en el secundario y construcción de cuadros de dirigentes superiores en la nueva universidad francesa.

Rosanvallon aporta además nuevas líneas de análisis para explicar la tardía incorporación del voto femenino al universo político francés (1944), en tanto reconocer la diferencia de género hubiera implicado aceptar una diferencia en el pretendido imaginario universalista pos-revolucionario.

El proceso de universalización queda abierto frente a nuevos problemas que surgirán en el futuro, tales como los que se plantearán ante la conformación de la Comunidad Europea o las presiones de grupos ecologistas, para reconocer el derecho de otras especies a la representatividad.

En esta interesante obra se destacan algunos elementos constantes que atraviesan la historia del sufragio universal francés en sus peculiaridades. La principal, es aquella que permite observar esta historia como heredera de la Revolución que implica una profunda ruptura en cuanto al principio sacramental de universalidad de la representación. Esto marcará una historia política francesa que no concibe pluralismos: la visión es consenso o revolución, característica que la diferencia de otras experiencias, tales como la inglesa, donde el proceso de universalización del sufragio se operó en forma paulatina y gradual a través de cuatro siglos.

Además de este aporte específico, el autor realiza otros y abre nuevas brechas sobre temas parciales, tales como el rol de la educación en el diseño de las naciones, el rol de los excluidos a nivel político y el ya referido de la incorporación de la mujer al sistema.

También es interesante su sugerencia en cuanto a la necesidad de indagación de prácticas políticas que llevarían a complementar el estudio de la historia intelectual del sufragio. Sin embargo, aun reconociendo la insuficiencia de esos estudios, en algunas de sus afirmaciones el autor da por supuestas determinadas prácticas, por ejemplo al referirse a las consecuencias de la elección vitalicia de los colegios electorales durante el bonapartismo, hecho del que deduce inmediatamente la abstención generalizada de votantes.

Pero tal vez lo más sugerente para los latinoamericanos sea la similitud que Rosanvallon encuentra en los procesos históricos de este continente con el caso francés. En este sentido, una de las afirmaciones más fuertes del autor es sostener que las élites latinoamericanas incorporaron el modelo francés incluyendo sus patologías y equívocos. Señala el caso del fraude como de límite del ardor democrático, semejante a las ambigüedades y mezquindades que en Francia limitaron la temprana conquista democrática.

Si tomamos como válido este enfoque para el caso argentino, aparece la posibilidad de brindar una nueva luz inquietante a la sanción de la ley Sáenz Peña. La instauración

del sufragio universal para elecciones de diputados en la Francia de 1848 permitió confirmar a los legitimistas en el poder hasta 1850 como resultado de un voto rural que les era favorable, provocando un doble efecto: desconcertó y desalentó a las fuerzas liberales que habían pugnado por su aplicación, al mismo tiempo que condujo a una armoniosa pacificación social. ¿Es posible que la generación reformista argentina se haya inspirado de manera irreflexiva, anacrónica y hasta ingenua en el ejemplo francés de 1848, pretendiendo consensuar su conservadora permanencia en el poder mediante la legitimación ofrecida por una base electoral de origen mayoritariamente rural?

Esta analogía de alguna manera se impone al lector inmerso en el universo de análisis de Rosanvallon; una vez alejados de él se abren paso algunas dudas fundadas en la separación temporal de los momentos comparados y en la posibilidad de que otras experiencias nacionales posteriores de ampliación del sufragio hayan influido más directamente en la Argentina.

De todas maneras, el libro es valioso en tanto induce a encontrar nuevas vetas de indagación como también en cuanto ofrece la posibilidad de repensar, una vez más, la historia política a través de una imagen compleja y sugerente de largo plazo que, articulada en torno a una institución, contribuye a comprender el presente.

Marcela P. Ferrari

***La muerte en la cultura. Ensayos históricos, compilado por
Cristina Godoy y Eduardo Hourcade, UNR Editora, Rosario, 1993.***

Como señala José E. Burucúa en la Introducción de esta obra, las reflexiones sobre las concepciones que los vivos tienen acerca de los muertos, sus ritualidades y significaciones han atraído la mirada del historiador desde épocas remotas, pero es en las últimas décadas que se han transformado en un tema privilegiado de la historiografía. Heródoto y Tucídides, entre los clásicos; Michelet y Burckhardt, entre los modernos, dedicaron páginas al tema. En un recorrido que se potencia en el cruce entre la antropología y la historia, la preocupación por el tema de la muerte irá ganando ese lugar de privilegio que nos es hoy familiar, sobre todo hacia los años '70 cuando "los historiadores de las mentalidades, en el corazón mismo del movimiento de *Annales* se preocuparon por extender al pasado el programa que Levy-Strauss había propuesto para la etnología" que daba un lugar privilegiado a la muerte.

Presentándonos con brevedad y justeza ese recorrido contemporáneo de la historiografía sobre la muerte -especialmente valiosa para el lector no familiarizado con estas cuestiones-, Burucúa va construyendo en su introducción el universo de relaciones en el que este libro se inscribe con comodidad. El de esa densa producción historiográfica

asociada al movimiento de *Annales*, sí, pero también el de una demorada ausencia entre nosotros, en la historiografía argentina, tal vez porque su pesada cotidianeidad en nuestra vida social y política la cancelaba como tópico de reflexión para la disciplina. Entre ambos puntos de ese universo, esa gigantesca obra bien reciente (1990) de José Pedro Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, en la que la muerte es uno de los tópicos que le permite recrear las formas mentales colectivas de la sociedad uruguaya a lo largo del siglo XIX y las primeras décadas del actual.

En este contexto, con la aparición de *La muerte en la cultura*, tomamos constancia del desarrollo de este campo de estudio dentro del panorama de las investigaciones históricas en Argentina. El libro se integra por siete ensayos con diversas preocupaciones temáticas, aunque tienen como eje común, tal como se indica en el título, indagar en torno de las construcciones en el horizonte de la cultura alrededor de la muerte. Define así, este conjunto, su peculiaridad al enfocar preferentemente las prácticas y los materiales simbólicos de su ámbito en forma cualitativa, esto es, tomando distancia de otra de las modalidades de ejercicio en este terreno que, heredera de la demografía histórica, reposa en el análisis cuantitativo.

Varios de los trabajos provienen de la labor realizada en el Taller de Historia de las Mentalidades de la Facultad de Humanidades y Artes de Rosario, que dirigen los compiladores del libro. Se completa con trabajos provenientes de investigadores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; en este sentido, el libro se convierte en una muestra de las posibilidades de intercambio interuniversitario que es de desear pueda continuar.

Los artículos se presentan agrupados en tres secciones. La primera lleva por nombre "Representar" y se ocupa de producciones artísticas para las que la muerte aparece como motivo primordial. Componen esta sección "Hamlet: muerte y locura (Una historización)", de Godoy y Hourcade, e "Imágenes e ideas de la muerte en Buenos Aires", de A. Jáuregui. El primero podría ser considerado como una guía de lectura del Hamlet; Godoy y Hourcade hacen un inventario de la forma en que la muerte y la locura cobran forma en una obra, paradójicamente, inmortal, con el objeto de proponernos antes que una nueva interpretación de la misma, una explicación acerca de porqué, a la luz del conocimiento histórico moderno, la muerte y la locura cobran determinadas formas en la pieza. El trabajo de Andrea Jáuregui nos instala en un territorio más cercano a nuestra sensibilidad. Sus objetos de análisis resultan el "Cementerio de la Recoleta" y las pinturas ingresadas en los Salones Nacionales de Pintura en el período 1910-1940 en donde se pueden apreciar las variaciones de los estilos representativos de la muerte, al compás de la crisis de los años '30 y de la presencia de la guerra civil española. De este trabajo provienen las distintas ilustraciones del volumen que realzan el texto con su alto valor expresivo.

La segunda sección tiene como título "Imaginar". Su objeto son las producciones ideológicas acerca del morir y el después del morir elaboradas a partir del siglo XII. "Arquitectura de un más allá", de Godoy y Hourcade, resulta sobre todo un ensayo de crítica historiográfica sobre *El nacimiento del Purgatorio* de J. Le Goff, pero también permite a los autores extenderse acerca de su propia forma de concebir las relaciones entre los vivos y los muertos. "La muerte del Santo", de Ariel Guance -pionero de la investigación de estos temas en Argentina-, recupera un clásico autor literario español, Gonzalo de Berceo, y reconstruye los rasgos de un modelo de "buen morir" en el siglo XIII.

La última sección bajo el equívoco título de "Vivir la muerte" nos vuelve a instalar en

el escenario argentino, pero esta vez desde el punto de vista de las prácticas y las ritualidades del morir. Está integrada por "Gestualidad y sentido de la muerte en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX", autoría de N. Liñan y L. Diodati, del Taller de Historia de las Mentalidades y que busca reconstruir las prácticas de la muerte sobre la base de las fuentes literarias y de viajeros clásicas del período. Se completa la sección, y el volumen, con el artículo "La muerte del Tribuno", de Eduardo Hourcade, quien elige el suicidio de Lisandro de la Torre como motivo para ilustrar, entre otros tópicos, las ritualidades de la muerte en la sociabilidad política argentina de los años 30. De por sí atractivo por la carga de significaciones de personaje y época, el suicidio de de la Torre es para Hourcade una manera de avanzar en una indagación mayor sobre el "género" del suicidio político. Alem y de la Torre se entrelazan así en un relato poblado de *indicios*: sobre los rasgos comunes que remiten al "género", y sobre los cambios que se han producido en la sensibilidad frente a la muerte en esas cuatro décadas argentinas que los separan. Las marcas de este texto me llevan nuevamente a Barrán: "[la] reducción del destino a lo personal dio a la muerte posiblemente más poder y capacidad intimidatoria porque ella era ahora sí, el fin de todo, porque el *todo* era el individuo".

El conjunto de la obra, no carente de disparidades, tiene como virtud principal el abrir el estudio y el debate de este tema entre nosotros, y contribuir así a llenar esa ausencia que señalábamos.

Darío Macor